

hacía cargo de las cosas de prisa, de una manera exacta y de lejos. Al enterarse de las estipulaciones de Plombieres, comprendió en seguida cuáles aventuras, sembradas de peligros y de grandezas, elevarían su trono por encima de todos los ensueños de sus antepasados ó lo arruinarían para siempre; y esta perspectiva, según se dijo, lejos de turbarle ó de abatirle le exaltó, aceptando con voluntad firme la alternativa terrible de una partida decisiva en que iba á jugarse su propia suerte y la de su patria: «Dentro de un año, dijo, seré rey de Italia ó simplemente el Sr. de Saboya (1).»

XIII

El día 24 de julio, la *Agencia Havas* publicó una nota concebida en los siguientes términos: «El conde de Cavour ha salido de Plombieres, después de haber permanecido allí treinta y seis horas.»

Era la época del año en que todos los que crean ó inspiran la opinión pública se marchan de París y se dispersan; y como, por otra parte, guardóse rigurosamente el secreto de las estipulaciones generales convenidas en la entrevista, aquella noticia fué menos comentada de lo que hubiera podido creerse, y á lo sumo los familiares de Saint-Cloud y de las Tullerías pudieron, por ciertos indicios, adivinar algunos de los designios de su soberano. Notóse que el emperador, hablando de la corte de Viena, empleaba un lenguaje poco en armonía con su habitual amenidad, y se supo que se habían establecido ciertas inteligencias en la prensa inglesa á fin de prepararla para una evolución próxima y hacerla propicia á la misma. Un día, uno de los ministros, al entrar en el despacho del emperador, quedóse sorprendido al ver á éste abismado en el estudio del mapa de Italia, y suponiendo que ello encerraba algún proyecto misterioso, comunicó á sus colegas sus previsiones alarmistas (2). De todos los consejeros de Napoleón III, sólo uno sentía verdadera inquietud y sabía que ésta era fundada, el ministro de Negocios extranjeros, señor de Walewski. Las ideas que entre el emperador y Cavour se habían cambiado en Plombieres no se le habían escapado, y se había atrevido á hacer al soberano algunas observaciones respetuosas, pero enérgicas, á las cuales respondió aquél exponiéndole una política tan grandiosa como preñada de peligros, que crearía un vasto reino en el valle del Po, transformaría la Alemania dividiéndola en tres troncos, pretendería contener, después de haberlo despertado, el espíritu de conquista ó de nacionalidad y sería beneficiosa para Italia, Alemania y Prusia, en una palabra, para todos menos para Francia.

En el entretanto, los hombres que seguían con atención la política general observaban, desde los balnearios ó quintas en donde veraneaban, que se operaba un cambio curioso en el lenguaje de las gacetas diarias. Los periódicos, á los que con tanto rigor se había contenido después del atentado de Orsini, empleaban un estilo resuelto y casi camorrista; pero la autorización que se les había dado para emanciparse solamente rezaba contra los amigos habituales del orden. El *Siècle* y la *Presse* se esforzaban en desacreditar la dominación austriaca

(1) Massari, *La vita ed il regno di Vittorio Emanuele II*, pág. 236.

(2) M. de Maupas, *Mémoires*, tomo II, pág. 83, nota.

en Lombardía, acogían, sin comprobarlas, las más extravagantes noticias y con persistencia é impunidad evidentes se convertían en campeones de la revolución. Al propio tiempo, los suscriptores al *Monitor*, que, como es sabido, era entonces órgano oficial, pudieron leer en él artículos de todo punto inusitados. Un publicista tan temerario como dotado de talento, Edmundo About, habíase convencido, después de permanecer un mes por lo menos en Italia, de que el gobierno pontificio era contrario á toda civilización y de que precisaba, dejando á un lado todo lo demás, suprimirlo por razón de justicia y de salubridad pública. Que el tal periodista acometiera la empresa de demostrar por su cuenta y riesgo sus afirmaciones, era cosa muy natural; pero el hecho de que para desarrollar aquella tesis recibiera la hospitalidad privilegiada del *Monitor*, parecía un procedimiento atrevido. Y sin embargo, así fué, y se publicaron allí sus folletines enérgicos, brillantes, de una elegante concisión, llenos de regocijadas difamaciones, de un estilo suelto, pero en el fondo muy trabajado, y de una forma que recordaba algo á Voltaire, que tendía sobre todo á recordarlo. Al cabo de dos meses cesaron los artículos á consecuencia de las protestas de la curia romana; pero Edmundo About, no queriendo perder su trabajo, los coleccionó más adelante en un tomo, que por prudencia publicó no en su patria, sino en Bruselas, desde donde entraron en Francia infinidad de ejemplares, pues la condición de clandestino parecía comunicar al libro un atractivo más. ¿Qué tenía esto de extraño, desde el momento en que el emperador, según se decía, había leído las pruebas de la obra y varios de sus familiares habían suministrado al publicista los elementos para escribirla (3)?

A todo esto, surgió un incidente que las polémicas de la prensa prolongaron hasta lo infinito y que parecía creado á propósito para desacreditar al gobierno pontificio y preparar su caída.

Vivían entonces en Bolonia los esposos Mortara, oriundos de Módena é israelitas; hacia el 1854, uno de sus hijos, de tres años de edad, había sido atacado de una enfermedad grave, en cual circunstancia una criada cristiana, á impulsos de un celo piadoso, había bautizado clandestinamente al niño, quien se curó y siguió viviendo, como era natural, en el hogar de sus padres, siendo iniciado por éstos en los ritos del culto judío. La pobre criada, entretanto, sentía turbada su conciencia por el peso del secreto de que era depositaria; hasta que en 1857, acosada por sus escrúpulos cada vez mayores, los confió á un sacerdote. Divulgóse el suceso y una información determinó la validez del sacramento conferido y recibido; después de lo cual el gobierno pontificio consideró que no era conveniente dejar abandonada al error á un alma que llevaba impreso el signo cristiano y en su consecuencia el niño fué separado de sus padres, conducido á Roma y puesto en un convento á fin de que recibiera una educación conforme con la religión de su bautismo.

La noticia del incidente no pasó de momento las fronteras pontificias. Pío IX recibió al padre del muchacho y le autorizó para que pudiera ver á su hijo; y después de haber cumplido con lo que era ó creía que

(3) Véase *Journal de MM. de Goncourt*, tomo I, pág. 277.

era su deber, dedicóse á suavizar el rigor de su decisión por medio de medidas de detalle. Pero la más vulgar previsión permitía adivinar el escándalo que todo ello ocasionaría. La corte de Roma ofrecía á sus adversarios una ocasión inesperada de oponer al derecho teológico el derecho natural, y sobre todo de hacer ver los peligros de un sistema que, reuniendo en una misma persona el poder espiritual y el poder temporal, introducía en las leyes civiles la inflexibilidad de las leyes dogmáticas; así es que, una vez divulgado el suceso, el ardor de las disputas excedió á todo lo que hubiera podido preverse. El nombre del niño Mortara fué repetido de boca en boca y no tardó en hacerse famoso, y la prensa hostil á la Iglesia, que nunca había encontrado un terreno tan propicio para dar rienda suelta á sus odios, ora describía en tono altamente dramático el secuestro del joven israelita, ora se complacía en enumerar en una serie de acusaciones generales todos los abusos del régimen teocrático, y tomándose de pronto gran interés por la autoridad paterna, dirigió un llamamiento á todos los padres y se propuso coligarlos en una indignación común. En la prensa oficiosa y hasta en la religiosa se observó aquella indecisión, aquella especie de fluctuación que es señal de las batallas mal comenzadas, lo cual se debía á que las mejores almas, las más cristianas, las más dignas, vacilaban entre los dogmas que tanto estimaban y las prerrogativas no menos santas del derecho paterno, prerrogativas escritas en el fondo de todas las conciencias y tantas veces proclamadas por la misma Iglesia. En Francia, sólo un diario, el *Univers*, tomó abiertamente la defensa de la corte de Roma, y lo hizo con una energía rayana en provocación: puso atrevidamente por encima de todos los derechos humanos el interés superior de la salvación de las almas; burlóse sin compasión de la falsa sensibilidad de los que querían hacer del niño Mortara el *tio Tom de la Iglesia*, según él decía, y recordó otros abusos más escandalosos y de los cuales, sin embargo, nadie hablaba. ¿Acaso los huérfanos de los soldados irlandeses muertos en Crimea no eran educados en las escuelas protestantes? ¿Por ventura la ley sueca no despojaba de la patria potestad á los jefes de familia que abrazaban el catolicismo? ¿No había ciertamente en Europa más que un solo Mortara? Al cabo de algunos meses, agotadas ya las discusiones por su misma duración, una nota del *Monitor* invitó á los periódicos á que se calmaran y guardaran silencio. En cuanto al papa, persistió en su resolución con una energía obstinada no desprovista de grandeza, ya que á esa preocupación absorbente de facilitar, de ayudar, de asegurar la salvación de un alma, sacrificaba el porvenir de su trono y el resto de su popularidad; es más, en la senda que había emprendido, desconcertaba á sus mejores amigos tan indecisos en seguirle en ella como resueltos á permanecerle fieles.

Mientras en Francia una gran obscuridad apenas iluminada por algunas luces intermitentes envolvía aún los acontecimientos próximos, Cavour se dedicaba á levantar poco á poco los velos y por medio de confidencias hábilmente dispuestas se aseguraba auxiliares é instrumentos en toda Italia. Poco después de su regreso de Plombieres, encontró en una comida celebrada en casa del general La Marmora á un ex ministro de Pío IX, muy influyente en las Romañas y muy fiel al partido

liberal, el conde Pasolini. Citóle para el día siguiente á las cinco de la mañana, y apenas le vió entrar en su despacho, díjole con viveza: «Llegó la hora; la boda es cosa resuelta; estamos seguros de la ayuda de Francia, é Italia se halla dispuesta para la revolución.» Pasolini creyó de pronto que á Cavour le había dado de repente un ataque de locura; pero luego, serenándose un poco, le hizo algunas objeciones. Entonces el ministro sardo le reveló el plan de la intervención y las razones que permitían esperar que la lucha se circunscribiría á Francia, al Piemonte y al Austria. «¿Pero y el rey?, preguntó Pasolini.—El rey está con nosotros y más bien que á estimular su entusiasmo nos vemos obligados á contenerle... Vos podéis ayudarnos.—¿Yo?—Seguramente. El papa tiene confianza en vos y debierais persuadirle de que los austriacos no siempre serán dueños de Italia y de que un vicariado piemontés en las Romañas sería para él una defensa.—He visto al papa en Bolonia (1) y le he hablado; otros le han hablado también, y por este lado nada hay que esperar.» La entrevista duró dos horas, y al salir de ella, Pasolini, enajenado, consternado, sin saber adónde iba, atravesó el puente del Dora y vagó largo tiempo por el campo, como si quisiera sacudir su fascinación y calmar el ardor febril de su alma (2). Entretanto, Cavour escribía á Minghetti: «Os doy las gracias por haberme hecho conocer al conde Pasolini, que podría llegar á ser uno de los leaders de nuestro partido (3).» Uno de los principales cuidados de Cavour era, en efecto, procurarse desde luego amigos que compartieran la responsabilidad de la revolución y fueran en su día los patronos del Piemonte engrandecido; y dominado por este afán, daba cita para el otoño á varios jefes liberales. En otro orden de ideas, procurábase otros concursos no menos preciosos; así anudaba inteligencias con el general húngaro Klapka (4), pues, entendiendo que todo recurso sería bueno para la guerra contra el Austria, vió que el más hábil sería el que armase contra Francisco José á sus propios súbditos.

Pasolini, Minghetti y los demás italianos notables por su rango ó por su fortuna, eran muy á propósito para dirigir ó contener el movimiento, pero no para hacerlo estallar; su concurso había de ser indispensable al día siguiente de la victoria; pero para el día de la lucha se necesitaría sobre todo una organización popular y soldados oscuros y dispuestos á arriesgarlo todo. La *Sociedad nacional italiana*, cuyo origen y primeros progresos hemos descrito, creó este elemento revolucionario, á la vez disciplinado y fanatizado, que era indispensable para los planes de Cavour. La Farina, asociado por un vínculo estrecho aunque misterioso á todas las empresas del primer ministro, desplegó una actividad que aumentaba á medida que la crisis se iba haciendo más inminente; y en su correspondencia no dejaba de anunciar la guerra próxima, convencido de que anunciarla era hacerla inevitable: «Tengo la firme confianza, escribía en 7 de septiembre, de que antes de la prima-

(1) El papa Pío IX había hecho en 1857 un viaje por sus Estados.

(2) José Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 226.

(3) Idem, pág. 227.

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 591.

vera se habrá cortado el gran nudo (1).» Mas no bastaba predecir la lucha; importaba ante todo exaltar los ánimos dando á toda la Italia una idea elevada de los recursos de la Cerdeña. La Farina no cesaba de encomiar, de exagerar la magnitud de los preparativos, y hacía decir que el armamento de Alejandría quedaría terminado antes de fin de año y que en las filas aumentadas del ejército piemontés podrían entrar fácilmente 150.000 hombres (2). Creábanse en Italia y hasta en el extranjero, excepto en Nápoles y en Sicilia que persistían en desoír todo llamamiento, nuevos comités que distribuían periódicos y vendían folletos por los pueblos. ¿Pero se trata ya en adelante de folletos y de periódicos? «No somos una *Academia Arcade*, escribe La Farina; no nos hagamos la ilusión de que la fortuna nos caerá del cielo como el maná á los hebreos (3);» y pide encarecidamente que se multipliquen las afiliaciones y que se admita en ellas aun á los que no puedan pagar las cuotas mensuales, porque ¿no podrán ser los pobres los más atrevidos? Y mientras llegaba el momento de la acción franca, lo más urgente era minar sordamente los tronos. Ya se recordará que en las conferencias de Plombières Cavour había expresado el deseo y formulado la esperanza de que del Estado de Módena surgiera la chispa que había de producir el incendio; de aquí que los más enérgicos esfuerzos se concentrasen contra el duque Francisco V. La Farina estaba en comunicación constante con los comités fronterizos de Sarzana, Lericí, Massa y Carrara, y en nadie delegaba esta parte de su misión, «lo que le permitía mantener un secreto que era, según él, la desesperación de la policía.» Desde Carrara enviaron por instigación suya una memoria «que denunciaba la atroz y estúpida tiranía del duque de Módena,» la cual memoria fué encargada á Cavour, quien se encargó de comunicarla á los diplomáticos, de divulgarla en la prensa, de pagarla en todas partes. Y habiendo el duque consentido ciertas concesiones, escribía La Farina: «Necesitamos otra memoria en la que es preciso que se diga que las concesiones no son más que aparentes y no tienen otro objeto que engañar á Europa. Hechos, fechas, cifras y sobre todo nada de declamaciones (4).» Los habitantes de Carrara enviaron entonces nuevas cartas que el Boletín de la *Sociedad nacional* se apresuró á publicar; pero aún no respondían á los deseos de La Farina: «Más precisión, dice, más hechos, más estadísticas; decid cuántos procesos políticos ha habido, cuántos encarcelamientos han resultado de ellos, cuántos súbditos modenenses se han visto obligados á emigrar (5).» Varios agentes recorrían incesantemente la frontera y al fin la pasaron para ir á excitar á las poblaciones á que se rebelaran contra el príncipe reinante. ¿Procedía el príncipe con rigor? Pues inmediatamente se le acusaba de tirano. Y los comités redactaban anticipadamente y á su antojo protestas á las que luego ponían fecha atrasada á fin de que parecieran fruto de una repentina y flagrante indignación. ¿Quién había de firmar aquellas protestas? «Bastan cuatro ó cinco fir-

(1) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 79.

(2) *Idem*, tomo II, pág. 69.

(3) *Idem*, tomo II, pág. 75.

(4) *Idem*, tomo II, pág. 74.

(5) *Idem*, tomo II, págs. 79-80.

mas, escribía La Farina (6); pero acosad al duque de Módena, reunid todos los incidentes, agrupadlos, exageradlos.»

Así se urdía la inteligente y pérfida intriga que ocho meses después había de dar una apariencia de espontaneidad á revoluciones con mucha anticipación preparadas. En el mes de octubre, la *Sociedad nacional* sometió á la consideración de Cavour el plan de una insurrección que se desarrollaría paralelamente á la guerra y completaría los resultados de la misma, plan en el cual se fijaban de antemano y con notable precisión las fechas: el gran levantamiento en armas se verificaría en la primavera siguiente, el 30 de abril. La sedición, ayudada por algunas partidas piemontesas que pasarían la frontera, había de estallar primeramente en Massa y en Carrara, propagándose después á Módena, á Parma y sucesivamente hasta Bolonia, y cada revolución iría seguida no de cantos, de iluminaciones, de arengas ó de acciones de gracias, como en 1848, sino de medidas positivas y prácticas que paralizarían ó desarmarían toda resistencia. Se proclamaría inmediatamente el estado de sitio; se formarían consejos de guerra, y no se permitiría la publicación de ningún periódico, excepción hecha del *Boletín oficial*; y nadie ponía en duda que, tratándose de poblaciones tímidas y extrañas á toda vida pública, esta audacia produciría su acostumbrado efecto y que todo el pueblo respondería al llamamiento el día que conviniera declarar libre é invitarle fastuosamente á determinar sus destinos. El gobierno piemontés se guardaría de intervenir en estos acontecimientos, antes bien aparentaría ignorarlos y aun los desautorizaría; y sobre todo no se toleraría el menor contacto entre el ejército y las partidas irregulares; pero el gabinete sardo, con el pretexto de garantizar la seguridad de sus fronteras, haría ocupar Massa y Carrara por algunas compañías de línea y algunos carabineros, y luego, invocando ciertas sediciones en la Lunigiana y en el Pontremolese, con tanta mayor certeza cuanto que él mismo las habría pagado, enviaría, con el mismo pretexto de seguridad, su escuadra á Liorna. Se contaba con que esta demostración obligaría al gran duque Leopoldo á marcharse, y una vez éste fuera, los piemonteses ocuparían las provincias toscanas y el ducado de Módena siempre para el mayor bien de las poblaciones y para preservarlas de todo desorden. De igual solicitud sería objeto Parma y naturalmente también Bolonia, desde donde las partidas insurrectas se dirigirían hacia el Po, al mando de Ulloa, ó se arrojarían sobre las Marcas bajo la dirección de Garibaldi: las armas, el dinero, las municiones, todo estaba previsto y calculado (7). Cavour recibía las comunicaciones, las estudiaba, las discutía y se ingeniaba para disciplinar á sus amigos y para contenerlos más bien que para empujarlos, porque cualquiera sedición que hubiese estallado prematuramente habría comprometido y tal vez destruido el porvenir. Por lo que toca á La Farina, su actividad no se dejaba desanimar por los obstáculos ni vencer por las fatigas; sin cesar recibía adhesiones de toda Italia, excepto de Nápoles, y las recibía á pesar de la policía, unas veces burlada y cóm-

(6) *Epistolario di La Farina*, tomo II, págs. 87-88.

(7) *Idem*, tomo II, págs. 82-86.

plice otras, y á pesar de Mazzini, que perseguía con encarnizamiento al antiguo discípulo que le suplantaba (1). Más atrevido que Cavour ó por lo menos más libre en la expresión de su pensamiento, La Farina quería la Italia no dividida en dos ó tres partes, sino una, resumiéndose su programa en tres palabras: *independencia, unificación y casa de Saboya*.

Por muchos que fueran los cuidados de Cavour, su principal preocupación se refería siempre á Francia. Había enviado á París al Sr. Nigra, joven diplomático educado en su escuela é investido de tal manera de toda su confianza, que era imposible que no quedara inmediatamente empequeñecido el papel del representante oficial de Cerdeña. Aun que Napoleón III se franqueaba poco, las impresiones transmitidas por los agentes sardos eran generalmente favorables. Desde Biarritz envió el emperador á Varsovia al príncipe Napoleón para ofrecer sus respetos al zar y también indudablemente para explorar su pensamiento respecto de los asuntos italianos. A fines de otoño, la corte, siguiendo la costumbre, trasladóse á Compiègne, en donde el soberano se complacía en dispensar aquella amplia y graciosa hospitalidad que le conquistaba todas las simpatías. Algunos de los visitantes, que se sucedían por series, recibieron temibles y conturbadoras confidencias en los intervalos de los paseos en el bosque, de las partidas de caza y de los festines: tales fueron lord Palmerston y sobre todo lord Clarendon, á quien el emperador expuso á grandes rasgos su programa político que abarcaba la regeneración de Polonia y la de Italia. Respecto de Polonia, Napoleón III convenía en que la estrecha alianza con el zar hacía imposible la empresa; en cuanto á Italia, por el contrario, la ejecución del plan le parecía más fácil y no dudaba de que, con la complicidad de Rusia y el concurso de la Cerdeña, conseguiría vencer las resistencias del Austria. Lord Clarendon protestó é hizo ver las dificultades del plan, la desproporción entre los peligros, que eran inmensos, y las ventajas, que eran exiguas, y las probabilidades inciertas de una lucha en la que Austria, herida en su honor, sacrificaría su último hombre y su último florín; pero el emperador escuchó las objeciones sin contestarlas y luego se puso á hablar de la ocupación de los Estados romanos, de los abusos del gobierno pontificio y de la posibilidad de inducir al Sumo Pontífice á abandonar su poder temporal mediante alguna rica dotación (2). ¿Cuáles eran los verdaderos propósitos de Napoleón III? ¿Había resuelto desde luego la guerra? Lord Palmerston y lord Clarendon no se atrevían á creerlo, tan imposible era encontrar una causa real de conflicto. Lo que sí era positivo es que en la soñadora mente del monarca se agitaban vagos proyectos y que estos pensamientos, largo tiempo acariciados, rechazados y de nuevo acogidos, podrían algún día estallar en alguna aventura extraordinaria é inesperada. Estando la corte todavía en Compiègne, llegó allí un nuevo huésped, procedente no de Inglaterra, sino de Italia: era Vicente Salvagnoli, uno de esos florentinos que, á la sombra del pacífico gobierno ducal, se consagraban á toda clase de especulaciones filosóficas y hacían y deshacían, á ca-

pricho de sus ensueños, el mapa de su país. Salvagnoli celebró una larga entrevista con el emperador y le propuso un proyecto que dividía la península en cuatro partes: un reino de la alta Italia bajo el cetro de Víctor Manuel; un reino central con un príncipe francés; Roma bajo el dominio del papa; y finalmente el reino de las Dos Sicilias, bajo el gobierno de un príncipe que propondría Inglaterra y que no sería austriaco ni Borbón (3). El emperador, según se dijo, se abstuvo de aprobar el plan y de condenarlo; pero acaso no constituía por sí sola un síntoma grave esa benévola paciencia con que acogía y escuchaba aquella serie de combinaciones, todas las cuales tenían por objeto modificar, suprimir ó extender las circunscripciones territoriales establecidas por los tratados? En el entretanto, mucho más allá del recinto de Compiègne propalábanse rumores alarmantes. El príncipe Napoleón, en sus conversaciones con sus familiares, no les ocultaba las probabilidades de próximas complicaciones; pero, en su concepto, la grave dificultad estaría en practicar una política de corrientes inversas, revolucionaria en Italia y reaccionaria ó clerical en París, y en combatir allende los Alpes al mismo partido que en Francia había fundado y consolidado el trono (4). El diario *La Presse* publicaba en 22 de noviembre las siguientes líneas: «No somos partidarios de la guerra y esperamos que algún día desaparecerá de la faz de Europa; pero quisiéramos ver una y que esta fuese dirigida contra el Austria.» El artículo estaba firmado por Gueroult y nadie puso en duda que el príncipe Napoleón lo había inspirado; y como todo el mundo sabía las frecuentes divergencias que entre los dos sobrinos surgían, nadie quiso ver en aquellas palabras temerarias el reflejo del pensamiento imperial. Pero á los pocos días *La Patrie*, diario oficioso, empleó el mismo bélico lenguaje, y entonces los más previsores adivinaron que flotaba algo en el aire, como suele decirse, y se pusieron á observar el horizonte, si no con inquietud, con recelosa curiosidad. No era todavía la tempestad, ni siquiera la proximidad de la misma; pero era ya aquel momento dudoso en que flotan en la atmósfera algunas ligeras nubes que parecen dispuestas á estacionarse en ella. A todo esto, el *Monitor* publicó el día 4 una nota burlándose de los temores, proclamando la paz y poniendo al público en guardia «contra las discusiones propias para alterar las relaciones con una potencia aliada de Francia.»

Las afirmaciones del *Monitor*, suficientes para tranquilizar al público, ya no lo eran para devolver la confianza á la diplomacia; las confidencias de Compiègne, seguidas de silencios más alarmantes aún que esas mismas confidencias, las insinuaciones de toda clase transmitidas y repetidas de boca en boca, la audacia creciente de Cavour, el convencimiento de que existía una inteligencia entre Francia y Rusia para humillar y dejar inmolar á Austria, todo engendraba el temor, temor vago, persistente y aumentado por la impotencia para precisar el peligro y, por ende, para conjurarlo. A poco de regresar la corte á París, lord Cowley, embajador de

(3) Memoria presentada por Salvagnoli al emperador en 28 de noviembre de 1858 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, páginas 14-16).

(4) M. Darimon, *Histoire d'un parti; les Cinq sous l'Empire*, páginas 208-209.

(1) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 77.

(2) *The Greville Memoirs*, tomo VIII, págs. 220-221.

Inglaterra, envió á Londres informes alarmantes, que despertaron la vigilancia de la reina y del príncipe Alberto: «Todo cuanto pueda hacerse para apartar del emperador la idea de un proyecto de guerra en Italia, es preciso hacerlo sin vacilación,» escribía en 9 de diciembre la reina Victoria al ministro de Negocios extranjeros, lord Malmesbury (1). La evolución, ya sospechada, de la política francesa, provocaba en Berlín una mezcla de sorpresa y de confusión; en San Petersburgo, en donde estaban mejor informados, excitaba el maligno placer del rencor satisfecho. En cuanto al Austria, acababa de adoptar el medio más prudente para imponer silencio á sus enemigos, cual era mejorar el régimen de sus Estados italianos: el archiduque Maximiliano, nombrado gobernador de las provincias lombardo-venetas con el título de virrey, no había escatimado, para hacer popular su dominación, las promesas ni los favores, ni las concesiones; pero no siempre sus consejos eran atendidos en Viena, pues el partido militar se oponía á menudo á sus propósitos ó los paralizaba; y por otra, la agitación del país era tal, que la clemencia parecía efecto del miedo y resultaba tan perjudicial como la misma opresión. De aquí que estuviera próximo el momento en que el príncipe, descorazonado, había de pedir que le permitieran soltar la carga que sobre él pesaba. El gobierno austriaco, en medio de sus apuros y de todos los peligros misteriosos que se cernían sobre él sin amenazarle todavía, buscaba en los tratados y sobre todo en la ausencia absoluta de un *casus belli* motivos para tranquilizarse; pero las alarmas prevalecían: «Francia no obrará lealmente, decía el señor Apponyi, embajador de Austria en Londres; á lord Malmesbury; romperá los tratados de 1815, y cuenta con complicaciones que darán la Lombardia al Piamonte, Nápoles á Murat, y le darán á ella la Saboya (2).»

El estado de Italia justificaba estas inquietudes. Cavour, desde el fondo de su despacho, excitaba, contenía y dirigía con creciente entusiasmo á sus auxiliares, señalando á cada uno el lugar de combate que había de ocupar, preocupándose ya del modo de parar los primeros golpes de la guerra, á cual efecto en una carta al príncipe Napoleón reclamaba con insistencia el envío á Turín del general Niel que con La Mármora organizaría los preparativos de la defensa (3), y dedicándose más que nunca á reclutar en la Italia central, en Parma, en Módena y en las Romañas auxiliares y cómplices, tanto más diligentes cuanto más próxima parecía la hora del triunfo. En el mes de noviembre envió á buscar al Sr. Minghetti, que se encontraba en Bolonia, refirióle la entrevista de Plombieres y le descubrió todos sus planes para el porvenir. El Sr. Minghetti, que había proyectado para aquel invierno un largo viaje á Egipto, ofreció renunciar á él: «No, no, le respondió el jefe del gabinete sardo; al contrario, apresurad vuestra partida, pero volved en abril, ¿lo oís bien?, en abril, porque entonces necesitaré de vos (4).» Cavour, hasta en-

(1) *The life of Prince consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, página 342.

(2) Lord Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo II, página 146.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 304.

(4) Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, pág. 221.

tonces tan enemigo de toda demostración pública, ya no dificulta, antes bien favorece ciertas manifestaciones propias para preparar las almas para el gran combate: ábrese una suscripción para erigir un monumento á Manin; en la Casa Consistorial de Turín se levanta una estatua á Carlos Alberto; y desde el Piamonte la emoción patriótica se propaga hasta Milán, que se agita, hasta Massa y Carrara, que están en rebelión permanente, y hasta Toscana, en donde la oposición al gran duque está patrocinada por el propio embajador de Cerdeña, el Sr. Buoncompagni. En aquella hora suprema, Cavour se dirige sin vacilar á los revolucionarios, conferenciando con Garibaldi y discutiendo con él la organización de las tropas francesas que secundarán al ejército regular, sin mezclarse con él. De esas entrevistas nace el pensamiento de sacar de la guardia nacional batallones de marcha compuestos de los hombres más jóvenes y más aguerridos, y La Farina, el mediador infatigable entre el gobierno y el partido democrático, se consagra á esta empresa y escribe á los comités de Sarzana y de Génova: «Algunos hombres de la guardia nacional escogidos entre nuestros amigos ¿no podrían dirigir al ministro del Interior una súplica para que se les autorizara á formar una ó varias compañías de *bersaglieri*? En ellas ingresarían los hombres más patriotas y los mejores patriotas (5).» De los conciliábulos entre el ministro sardo y Garibaldi salió otro proyecto, cual fué el de excitar á los jóvenes lombardos de la próxima quinta á que pasaran secretamente el Tessino y se refugiaran en el Piamonte. La Farina aprobó esta idea; pero pidió que aquella emigración no se realizara tan pronto y que se llevara á cabo progresivamente; y recomendó también que se quedaran en su país buen número de patriotas á fin de provocar allí la revolución y de no dejar el poder á los reaccionarios; además, aunque aquella desertión le place, hay otra que le agrada más y sería de mucha mayor eficacia, á saber, *la desertión en el momento de la acción* (6). En cuanto á Garibaldi, está entusiasmado con su nuevo amigo, predica en todas partes el olvido de las antiguas disensiones, proclama la necesidad de una dictadura militar, en una palabra, habla tanto y tan alto, que pone á Cavour en un compromiso: «Ese buen hombre, escribe desdeñosamente, se ha levantado de cascos y propala rumores absurdos (7).» Pero, ¿caso obraba él mismo con más discreción? Al recibir por aquel entonces á Mr. Odo Russell, encargado de negocios de Inglaterra en Roma, que se hallaba de paso en Turín y que iba á ocupar nuevamente su puesto, le dijo sin ningún preámbulo: «Supongo que os dispondréis á pasar un invierno interesante, porque va á plantearse nuevamente la cuestión de la independencia italiana.» Mr. Odo Russell, que regresaba de Londres y traía de allí las instrucciones que le había dado el *Foreign Office*, en aquella sazón poco favorable á los designios de Cavour, le respondió: «Al Austria le bastará contemporizar para arruinar la hacienda del Piamonte y reducir á la impotencia sus fuerzas militares; y en cuanto á vosotros no podéis declarar la guerra, pues, de lo contrario, os enajenaríais

(5) *Epistolario di La Farina*, tomo II, págs. 98 y 99.

(6) *Idem*, tomo II, pág. 125.

(7) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 623.

todas las simpatías, que se inclinarían inmediatamente á favor de los austriacos.—Es verdad, pero si Austria nos ataca, la opinión pública se pronunciará en favor nuestro.—Pero es que no conseguiréis que Austria cometa tamaña tontería.—Sí, sí; la obligaremos á romper las hostilidades.» Mr. Odo Russell, que seguía mostrándose incrédulo, preguntó: «¿Y cuándo se realizará este prodigio de la diplomacia?—En la primera quincena de mayo (1).» A fines de abril, en la primera quincena de mayo; tal era la fecha fijada invariablemente por Cavour, quien para esa fecha organiza sus tropas, da sus últimas citas y combina la terminación de los últimos preparativos, concentrando en sus manos los hilos y manejándolos con destreza y seguridad tales, que puede predecir el día en que los pondrá todos en movimiento, del mismo modo que un gran capitán señala de antemano el lugar de la batalla y la hora en que se empe-

(1) *The Quarterly Review*, julio de 1879, págs. 129-130, nota.

ñará. «Mucho me temo que estemos perdidos, exclamaba en aquel entonces el anciano príncipe de Metternich; porque en Europa no hay más que un hombre de Estado y desgraciadamente está en contra nuestra; este hombre de Estado es Cavour.»

«Obligaremos al gabinete de Viena á que nos declare la guerra,» había dicho Cavour á Mr. Odo Russell; esta era, á pesar de su seguridad, la gran preocupación del ministro sardo. Contaba, sin embargo, con su buena suerte, con el artificio de sus provocaciones, con la misma Austria que se estremecería seguramente ante los insultos repetidos y perdería en un día de cólera todo el beneficio de su prudente longanimidad; y sobre todo con algún golpe de efecto de su poderoso aliado, en lo cual no se equivocaba. En esta confiada disposición terminó para él el año 1858, tan preñado de intrigas, de peligros y de cambios imprevistos, y comenzó el año nuevo que tan decisivo había de ser para su patria y para él mismo.